

adelantando los que muy pronto les habia de dar en duros castigos la sociedad ofendida, y despues la Historia, privándoles de pasar á ella con un nombre immaculado.

El ingenio de CERVANTES siempre tomó vuelo en un punto fijo de la naturaleza; y por eso, desde que nació su obra, fué calificada de sátira, y la tradicion constante de que está simbolizado en cada figura un personaje verdadero despertó la idea de *El Buscapié*.

Todo, con efecto, en su libro tiene vida, porque inmediatamente la recibe de la naturaleza: personas y brutos, mares y tierras, selvas y llanuras, pueblos y artefactos, la lluvia y el viento, el sol y las tinieblas de la noche. Nada pasó desatendido para CERVANTES; nada hirió su imaginacion que no le arrancase destellos vivisimos de luz; semilla ninguna cayó jamás en su entendimiento sin brotar luego vigorosa y florida.

Bien lo prueba la fiesta de San Juan de Alfarache. Quien la repase con atencion, verá reflejado aquel día de solaz y sezonadas burlas en alguna de las que hicieron á Don Quijote habitando el castillo del duque.

Ni leyó libro ni conoció persona que no diese materia á un rasgo de su pincel maravilloso. Por eso pasma el número de obras reconocidas por Clemencin para encontrar los gérmenes de tal cual alusion cervantina; y de ahí que todos los dias aparezcan datos ignorados en abono del reparo de Don Quijote á su escudero: «Esa pregunta y esa respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oido decir.» De confirmacion sirva que imagino haber hallado, en una obra rarísima, el original del primo acompañante del hidalgo de Argamasilla, cuando la expedicion á la cueva de Montesinos; el tipo de aquel famoso estudiante que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes, teniendo compuesto ya uno con titulo de *Metamorfóseos ó Ovidio Español*, todo necedades y disparates segun la buena critica de Sancho. No parece pueda ser otro aquel escritor que Don Diego Rosel y Fuenllana, sargento mayor en las partes de España, y gobernador de la ciudad de Santa Ágata en las de Italia, natural de Madrid. Hácia el año 1607 ya estaban corrientes para la estampa sus *Varias aplicaciones y transformaciones*, como si dijéramos *El Ovidio Español*, dirigidas al Rey Cristianisimo, y (entre los elogios puestos al frente), ridiculizadas con dos sonetos de Quevedo y CERVANTES, de manera extraños é hiperbólicos, que harto manifiestan ser fina y encubierta burla del autor, confiando que, en su simplicidad, los tomara por moneda corriente.

Para los furiosos tajos con que hizo trizas Don Quijote el retablo de maese Pedro por defender á la hermosa Melisendra, CERVANTES debió recordar suceso verdadero que tal vez él mismo presenciaria. Coincidencia singular es que tambien en el *Quijote* de Avellaneda, obsequiando al héroe una compañía de representantes con el ensayo de *El Testimonio vengado*, comedia de Lope de Vega, Don Quijote, al ver cómo cierto príncipe, en ausencia del Rey, levanta testimonio á su madre de que cometía adulterio, se ciega de cólera, grita, echa mano á la espada y arremete contra el fementido. Para discurrir á un tiempo una misma aventura CERVANTES y Aliaga, fueron sin duda espectadores del caso que Vincencio Carducho, pintor excelente, refiere en sus *Diálogos* (IV, fólío 61 vuelto): «Yo me hallé (dice) en un teatro »donde se descogió una pintura de Lope de Vega, que representaba una tragedia, tan bien »pintada, con tanta fuerza de sentimiento, con tal disposicion y dibujo, colorido y viveza, que

»obligó á que uno de los del auditorio, llevado del enojo y piedad, fuera de sí se levantase »furioso dando voces contra el cruel homicida que, al parecer, degollaba una dama inocente; »que causó no poca admiracion á los circunstantes, como vergüenza al que, llevado del oido, »y movido de la afectuosa pintura, le dió en público el efecto que el poeta habia pretendido, »viéndose engañado de una ficcion.» En nuestros dias ha vuelto á repetirse esto mismo.

Ávido buscaba CERVANTES las tradiciones y consejas de los pueblos, y retrataba fielmente el aspecto de sus edificios, campos y sierras, para que, no perdiendo cada sitio su especial fisonomia, la descripcion de ellos presentase dentro de la unidad la variedad hermosa y deliciosa que reina en la naturaleza. El curioso que registre con advertencia las *Relaciones dadas á Felipe II en 1575 por los pueblos de la Mancha*, acerca de sus particularidades y cosas notables, allí encontrará lo principal de la geografia del QUOTE, y acaso algunas personas de las que intervienen en la fábula, y el despertador de algun incidente que la ameniza.

Por ellas supondrá que Don Quijote vestia de los muy buenos velloris fabricados en la Membrilla, de que entonces tanto se ufanaban los manchegos.

Por ellas conocerá que la aventura de los batanes ha de fijarse, con certeza, en los varios que existian al Sur de La Solana, orillas del rio Azuer. Es poco probable suponerla en los tres del heredamiento de Ruidera, por bajo de la laguna del Rey; pero todavia mucho menos llevarla (como vulgarmente se hace) al campo de Calatrava, partido de Almagro, no lejos de las márgenes del Jabalon.

De las mismas *Relaciones* habrá de nacer la sospecha de que, para la figura de *Camacho el Rico*, debió ser modelo Juan Perez *Canuto*, el mas rico labrador del campo de Montiel, vecino de Villanueva de los Infantes, cuyo mayorazgo excedia de sesenta mil ducados, con famosísimas haciendas en Fuenllana y Alhambra. Por estos contornos precisamente se habrá de fijar tan dramática aventura, y de ningun modo en las cercanias de Villarobledo.

Leyendo la siguiente de la cueva de Montesinos y lagunas de Ruidera, y hojeando las *Relaciones de los pueblos* de Argamasilla, La Solana, Alhambra y la Osa de Montiel, es gustoso ver cómo las romancescas tradiciones de aquellos vecinos inflamaron la feliz imaginativa de CERVANTES, haciéndola brotar en raudales de ideal y hechicera poesia.

Por último, esas importantísimas *Relaciones* me conducen á fijar la aventura del rebuzno en el Peral, antigua aldea de Alarcon, cerca de las sierras Valerianas ó de Cuenca. Para llevarla al Mediodia de Cañete, donde comunmente se sitúa, no hay mayor razon que la atendible de ir por allí el camino de Zaragoza. Suponerla en Argamasilla ó el Tóbos, como conjeturó Clemencin, es cosa fuera de todo razonable discurso. El Peral, perteneciente á la Mancha de Monte-Aragon (que es el territorio donde debe buscarse con efecto aquella aventura y la venta en que maese Pedro enseñó el retablo de las maravillas, por decirlo así el mismo ventero), está colocado en el camino romano de Iniesta, con la cual confina; y por un notable suceso gozaba de celebridad en todo el reino de Toledo cuando lo recorrió CERVANTES. Partiendo limites con Villanueva de la Jara, trataron de visitar una mojonera, en los últimos años del siglo XV, los alcaldes ordinarios del Peral, Alfonso Navarro y Bartolomé Radejo. Alborotóse la gente de Villanueva; revolvióse contra sus colindantes; ambos pueblos vinieron á las manos, y en la

refriega quedaron muertos el uno y el otro alcalde. La mala voluntad que se tienen pueblos limítrofes, y el afán con que se ridiculizan mutuamente sin malograr ni desperdiciar coyuntura, «levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada,» según el mismo Ben-Engeli, pudo sugerir á los de Villanueva alguna invención burlesca sobre el caso verdadero de los dos alcaldes, convirtiendo en rebuznos las razones que debieron alegar para defender la mojonera. Con ello darían alimento frecuente á quejas, odios y choques de poder á poder, y á CERVANTES motivo para escribir uno de los más bellos capítulos del QUIJOTE.

Tienen pues á mi juicio razón sobrada los que sospechan que en este libro se halla encubierta una fina sátira de aquel siglo, y le estiman su clarísimo espejo y de la humanidad juntamente, que es siempre, y en todas partes, la misma; en fin, los que le aprecian colección magnífica de perspectivas para estereoscopia, y de retratos de cuerpo entero de personas de todos estados, gustos y condiciones, hecha delante de los propios originales por el mayor pintor del mundo. Digo el mayor, porque no solo fotografiaba las líneas y colores, la luz y las sombras, y el bulto deleitable en lo exterior de las perspectivas y de la figura humana, sino lo íntimo y secreto, los erráticos afectos del ánimo, el movimiento, que es la vida, el alma, que es el soplo de Dios. Con su vara mágica hace moverse en derredor suyo la naturaleza entera, llena de vigor, de encanto y armonía; todo, con feliz retentiva, lo va grabando en la memoria, y todo lo quilata y presenta clara, fácil y ordenadamente á la madura elección del adestrado juicio, comunicándole sobrehumanas fuerzas y pasmosa virtud. No hay, no puede haber en el QUIJOTE, suceso, escena, cuadro, objeto ni dicho alguno, que no haya tenido antes como despertador un modelo real y verdadero en la naturaleza, el cual, acendrado en el crisol de ingenio sublime, toca y rivaliza con la más encantadora idealidad. ¡Oh, cuánto aun se redoblaría el placer incomparable de la lectura del QUIJOTE, si en cada frase, en cada descripción y pintura, se pudiera ver por dentro el alma de CERVANTES; sus recuerdos de amor y gratitud, de esparcimiento y alegría; sus memorias de pasados bienes y de no merecidos males; sus quejas de los hombres ingratos y distraídos; sus encubiertas reprensiones y advertimientos; los desahogos de su lacerado corazón!

Á intentos soberanos incitábase la hidalga sangre heredada; y la pobreza y el infortunio amarrábanle á mercenarias tareas. Tan pronto veíase en los palacios y festines de los próceres, como en el hediondo calabozo de una cárcel; hoy camarada de príncipes y señores, y mañana mezclado con asesinos y rufianes; así cultivando el trato de hermosas y discretas damas en Italia, España y Portugal, como el de fregonas, vivanderas y campesinas. Valiente, asiste á la batalla y la victoria; cristiano, sufre con ánimo y resignación el cautiverio; noble y con ínfulas de caballero andante, sueña hallar en su entendimiento, en su industria, en su valor y arrojo, bastantes fuerzas para levantarse con Argel y ceñir el laurel de los héroes.

Estudiante y soldado, hidalgo y cautivo, labrador y agente de negocios, alcaballero y poeta, sorprende el corazón humano en las escuelas y en los campamentos, en el asalto y en el abordaje, en la prosperidad del triunfo y en la miseria de la esclavitud, en las antecámaras de los príncipes y ministros y en el tinelo de los purpurados, en la curia y entre mercaderes, en las academias y en la aldea. Inspirase con el sublime espectáculo de la naturaleza y del arte, contemplando,

ahora el griego mar embravecido con deshecha borrasca, ahora los manchegos campos cubiertos de rubias espigas; ya los arenales del África inclemente, ya los floridos cármes del divino Genil; los pintorescos valles de la guerrera Alpujarra, y la soledad y encantado silencio de Sierra Morena; ya, en fin, los palacios y alcázares de Roma, Génova, Florencia, Nápoles, Venecia y Milan. Peregrinando mucho, y viendo y estudiando, como Ulises, muchos hombres y pueblos, con alma grande en grande corazón, pudo CERVANTES dar á su libro la novedad en los sucesos que suspende, la verdad en los caracteres y pasiones que admira, el hermoso y brillante colorido que arrebató. Allí se refleja, como en lago apacible, su discreción, dulzura y limpieza de pensamientos; el vehemente y arraigado amor que profesaba á la virtud; la indulgencia y ternura de quien no veía con desprecio á la humanidad, como los conquistadores, los avaros y los envidiosos; el valor de quien no se rendía con el peso de la gratitud, y la forzó á traspasar los límites del sepulcro, á ley de hidalgo y bien nacido que era; en una palabra, el alma y la vida de CERVANTES. Como él, lucha siempre su *Don Quijote* con las esperanzas y los desengaños, con lo ideal y lo positivo, con la triste realidad y la seductora ilusión; pasa por las peripecias que el autor había pasado; y, lo mismo que él, considérase tan en potencia propinqua de subir en un momento á las estrellas, como de caer á los abismos, arrebatado por la caprichosa rueda de la fortuna.

Con tales dotes y circunstancias, ¿es CERVANTES un escritor idealista ó naturalista? Lo es todo. Dibuja como Rafael y los antiguos, y pinta como Velázquez; idealiza como Van-Eyck, y siente como Alonso Cano.

Esto se evidencia en la piedra de toque del *Quijote* de Avellaneda, cuadro del más grosero realismo. Bosquejale Fray Luis de Aliaga, fiando más en su osadía y enconadas pasiones que en su ingenio; más en su facilidad para emborronar papel, hilvanando comedias, que en su ciencia y literatura, y con el engaño de que, habiéndose criado entre villanos de hacha y capellina, sabría ser oportuno cronista de un hidalgo de aldea.

Pero el atrevido aragonés carecía de todas las condiciones precisas para comprender y desplegar el carácter de Don Quijote y hacerle hablar y discurrir como hidalgo y generoso, teniéndolas únicamente para reproducir la figura de Sancho Panza; y eso, porque en ella retrataba la suya propia, según confesión que se le escapa en el prólogo. Por lo demás, el cuadro tiene naturalidad y bulto; más, sin embargo, no interesa. Y ¿cómo había de interesar?

Allí no hay perspectivas seductoras, ni fenómenos naturales, ni paisajes y marinas mostrando sitios de África, Italia y Francia; ni gentes, usos y costumbres de naciones diversas; ni africanos piratas y guerreros españoles; ni seres que de antiguo conozcamos y apreciemos, y á quien nos agrade encontrar á deshora; ni máximas de experiencia grande y de sublime filosofía; ni enseñanza y deleite. Y no lo podía haber. Falto Aliaga del conocimiento de las artes liberales que engrandecen é iluminan el ingenio; desconociendo las obras clásicas de griegos y latinos; sin más instrucción que la especialísima del claustro, ni más literatura que tradiciones y consejas; con las únicas dotes de un entendimiento mediano y descansado, ambición, maña, artificio, y saber contemporizar con la ignorancia y soberbia de quien podía venir á tener mano en el gobierno; sin haber recorrido más anchos horizontes que los que se extienden desde Huesca